JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VI. DINERO

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
VI. DINERO

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VI. DINERO

Mano Izquierda Editores

La desmaterialización del valor
la divisa viva
el dinero perdió el peso
de la moneda y el papel;
ya no suena en los bolsillos
ni huele a la tinta de un banco central
o al cobre desgastado de la historia.

Es una corriente de luz
que parpadea en la retina,
un pulso electromagnético en el torrente sanguíneo,
un algoritmo de débito
grabado en los servidores profundos
de las corporaciones de filtración.

El crédito es la biología misma,
se paga con horas de mantenimiento mecánico,
con mililitros de sudor reciclado,
con el calor corporal
que la masa de quince mil millones
cede a las matrices hídricas de la metrópoli.

No tocar la divisa hace
que el despojo
sea un procedimiento intangible,
un cálculo helado
donde la riqueza de unos pocos
se traduce en el vaciado automático
de la cuenta respiratoria de los demás.

La nueva mercancía
el oro y el petróleo descansan
en la memoria como fetiches
de una barbarie extinguida;
el crudo es solo barro fósil sin uso
en la era iónica y el metal amarillo
no quita la sed ni purifica los pulmones.

El mercado bursátil
de este siglo cotiza
en los únicos activos reales
de la supervivencia,
futuros de agua potable de manantial profundo,
acciones sobre el oxígeno no ionizado
de los domos,
licencias de proteína transgénica,
derechos de explotación
sobre las vetas de Litio-Filtrita.

Las bolsas de valores ya no especulan
sobre manufactura de lujo o
bienes de consumo descartables;
especulan sobre el límite de la asfixia,
sobre la fecha exacta en que una cuenca subterránea
se secará,
monetizando el pánico
de las multitudes
antes de que la sequía apague
el último distrito industrial.

La geometría del abismo social
en las plataformas orbitales y
en las cúpulas de clima regulado de la élite planetaria,
los directores del flujo hídrico
y los especuladores del mineral
flotan sobre jardines de vegetación intacta,
bebiendo la humedad pura
de las nubes que la masa de abajo jamás llegará a ver
sin un filtro de por medio.

Para ellos, la brecha de clase no
es una diferencia de ingresos,
sino una división de especie:
poseen telas bioluminiscentes,
genomas corregidos y terapias
de reemplazo celular que compran
siglos de juventud,
mientras contemplan en pantallas holográficas
la lenta descomposición
de los barracones en la penumbra.

La desigualdad no se mide en palacios
o acumulaciones inmobiliarias,
sino en la calidad de los glóbulos rojos,
en la elasticidad de los pulmones sintéticos
y en el privilegio absoluto
de no respirar el aire
de desecho.

El casino del desastre
la especulación de la vida
en las mesas de negociación automatizadas,
la miseria del planeta
es el instrumento financiero más codiciado.
Se comercia
con la esperanza de vida de los distritos mineros
como si fuera deuda pública de alto rendimiento,
se apuesta
a la tasa de mutación celular
en los valles de escoria sintética,
y se compran participaciones
sobre el fallo inminente de las plantas de purificación
del hemisferio sur.

Cada gota de lluvia ácida
que arruina un cultivo marginal
se traduce en un dividendo
que se acredita en el ecuador,
y cada protesta sofocada
por las armas de onda
incrementa el valor de retorno
de los fondos de seguridad.

El capital de este siglo
no huele a hollín ni a pólvora;
huele a ozono purificado y a la métrica fría
de quien ha transformado
el colapso de la especie

en un gráfico de crecimiento ininterrumpido.
El saldo de la sangre y la deuda hereditaria
se mantiene como un rigor,
en los niveles donde el sol
es solo un reflejo amarillento en el humo industrial,
nacer
es asumir un saldo negativo
de respiración y proteína,
una factura biológica
que no se puede saldar o transar de otra manera.

El algoritmo financiero
calcula el costo del parto sintético
y la cuota de oxígeno
consumida durante la infancia,
transformando al individuo
en un deudor permanente
que debe alquilar sus órganos
al mercado de repuestos.

Si el saldo del ciudadano
cae por debajo del límite operativo
de la cuota hídrica,
el sistema
no envía cobradores ni notificaciones de embargo:
desactiva
de forma remota
las válvulas de la prótesis respiratoria
o reclama la cornea sintética para su subasta.

El dinero ha alcanzado así,
su forma perfecta y definitiva:
la conversión directa
de la vida humana
en una cifra digital que se liquida,
demostrando que la
última función del mercado
fue ponerle precio
al derecho de seguir respirando.

Mano Izquierda Editores